

con la más apremiante necesidad del momento, y a ello se consagró el General Herrera.

A los que no han estudiado sino superficialmente la milicia, se les antoja tarea fácil la de formar batallones, agruparlos en Brigadas y Divisiones y formar un cuerpo de Ejército. Sin embargo, nada más enfadoso y molesto, nada que requiera más caudal de paciencia y perseverancia, nada que reclame mayores energías y en ocasiones más dolorosas amarguras. El amalgamamiento de tantos y tan variados caracteres, el esfuerzo para adaptar a cada uno a ocupaciones que le son extrañas; el tino, en fin, para escoger en cada caso particular el más apropiado para ello; todo eso y mucho más que callamos por no pecar de prolijos, requieren aptitudes no comunes y energías muy por encima de las que el nivel común señala al común de las gentes que tragan por el mundo.

Pero por grandes que sean las aptitudes, por tinosas que sean las escogencias, siempre habrá descontentos en toda organización en que entran elementos en cierto modo heterogéneos. Intereses que se creen lesionados, soliviantan entonces el espíritu levantisco, siempre latente en cuerpos colectivos de alguna importancia, y voces de descontento que principian con los sordos murmulios de la marmuración, pueden terminar por los arrebatos de la sedición y el desorden, si la energía del Jefe no ocurre a tiempo a contener, aún con dolorosas medidas de rigor, un mal que tolerable en sus comienzos, tomaría proporciones colosales. Y tales peligros destructores de la disciplina que es garantía de orden y factor indispensable para llegar a la victoria, suben de punto tratándose de cuerpos de voluntarios y sobre todo liberales, propensos a abusar del amplio molde en que dicho partido informa sus principios.

No es de extrañar, pues, que en la reorganización del Ejército Unido, tropezara el Jefe liberal con inconvenientes de la naturaleza de los que llevamos trazados; pero que reprimidos con justa severidad, dieron como resaltante necesaria, un cuerpo vigoroso y compacto, notable por la abnegación patriótica y fuerte por la disciplina que se resume en la unidad de mando, que asegurando el vigor de la acción, conduce como de la mano a la victoria.

Los decretos dictados en la Dirección, así como las órdenes diarias del Estado Mayor Generalísimo, son como un cuerpo de doctrina en el cual se encarnan los procedimientos y como el *modus vivendi* del admirable organismo creado por el General

Herrera con la eficaz intervención de los Generales Caballero y Bustamante, sus inmediatos y más notables colaboradores. Pero quiso dejar como un Código que condensara sus ideas sobre el particular y formar especie de jurisprudencia para el Ejército y aprovechó para el caso la manifestación que le dirigieron en mayo último los Jefes y oficiales de la Brigada de Artillería, a los que dió la brillante, sugestiva respuesta que insertamos a continuación:

«Señores Jefes y Oficiales de la Brigada de Artillería. --- S. M.

“Vuestra atenta manifestación es para mí un valioso estímulo, que unido a otros muy poderosos, ya de convicción, ya de sentimiento, que influyen en mi ánimo, me consagran en absoluto a las atenciones del Ejército y me señalan como objetivo luminoso el triunfo.

“Reconocer en la disciplina un deber y una imposición, como lo haceis vosotros, es aceptar en plena conciencia las necesidades de la lucha.

“En guerra crudísima y en vida de Ejército, los campamentos no pueden ser comicios.

“Las exigencias de un organismo no son las mismas en una situación anormal que en estado de salud.

“En guerra, que es la anormalidad por excelencia, no puede practicarse sin gravísimas consecuencias la amplitud de independencia individual que es cánón del liberalismo para el régimen normal de la República. Ni en paz es concebible la composición del Ejército bajo un sistema en absoluto democrático.

“La democrática Suiza tiene organizadas sus milicias sobre el patrón que encauza las voluntades en una sola dirección.

“Francia, la idealista; los Estados Unidos, a donde la autonomía individual es tan extensa y tan amplia; Inglaterra, a donde el *habeas corpus* es santuario el más sagrado y respetable; en repúblicas como en monarquías constitucionales, bajo regímenes tenidos por más libres, no se concibe ni se conserva el Ejército sin la más severa disciplina.

“La subordinación es una necesidad de vida; es una promesa de éxito; se requiere para que todas las fuerzas marchen hacia un solo objeto; para que todas las unidades formen un solo conjunto. Ella obliga a Jefes y soldados.

“El superior mismo tiene la sujeción de las más altas responsabilidades; de la ley que civil o marcial, es imponente y se-

vero soberano; de la justicia cuyos fueros se reclaman por el Partido, por la Patria y por la Historia.

“Quien tiene tales ideas como norma de conducta no decae en la lid del entusiasmo y del ardor primeros. No se deja abatir ni por la adversidad, ni lo ensoberbece la victoria: busca el triunfo como reparación y la paz como satisfacción de bienes y de ideales. Entre tanto sabe que el destierro de un mal vale por el triunfo de un bien y que el cumplimiento de los principios hay que comprarlo con sacrificios de sangre y con la abnegación de las voluntades. Teme, por lo tanto, que la fatiga de un día, pueda causar la servidumbre de lustros.

“En esas labores, y con tales ideas, no hay tiempo para funciones de mando, que menos complacen que lastiman.

“Los hombres somos meros incidentes en la onda humana, única incontrastable y sostenida, que tiene tiempo y espacio para llegar a donde el ideal se realiza y a donde se cumplen las históricas reparaciones.

“David, Mayo 28 de 1902.

“Soy vuestro atento servidor y compatriota,

B. HERRERA».

El General Paulo E. Obregón fué destinado por el señor Director de la Guerra para la organización militar de las Provincias de Coeló, Veraguas y Los Santos, y los esfuerzos de este patriota fueron de grande importancia para los fines que se perseguían. Los trabajos de dicho Jefe permitieron al General Herrera completar el nuevo organismo, objeto de todos sus desvelos, en condiciones de fuerza y subordinación tan perfecta que lo hacían invulnerable y capaz de ocurrir en cualquier momento allí donde las necesidades de la guerra padieran exigirlo. Extendido desde nuestras fronteras con Costa Rica hasta las cercanías de Panamá, era como un inmenso crótalo entre cuyos vigorosos anillos tendría que sucumbir quienquiera que fuera bastante osado para aventurarse a inquietarle.

El General Obregón, que como hemos dicho, tuvo parte tan principal en la formación del vigoroso organismo en que nos venimos ocupando, hacía poco tiempo que había dejado las aulas y los anfiteatros de la Escuela de Medellín y de Bogotá cuando lanzado a la guerra el liberalismo, salió a alistarse bajo sus rojas banderas. Hizo sus primeros ensayos de guerre-

ro en los sangrientos cuanto desgraciados combates de Bucaramanga y Piedecuesta, y envuelto en la derrota, llegó a Cácuta donde la fiebre amarilla, poniendo en peligro su vida, la quebrantó tanto que tuvo que buscar en tierra extranjera un asilo para reponerse. Esto le impidió asistir a las ruidosas victorias de Peralonso y Gramalote. Cuando pudo volver al Ejército se acercaban los terribles días de Palonegro, batalla a que asistió y en la que se hizo notar ya por su valor.

Después del desastre acompañó a Uribe a la Costa y salió con él para el Exterior cuando el mayor número de fuerzas que tuvo que combatir lo obligó a abandonar a Bolívar, tras la poco hábil persecución del General Ospina.

Vino al Istmo cuando lo dominaban las guerrillas y al pisar el territorio el General Herrera, se puso a sus órdenes. En el combate del 23 de febrero en Agrad-lice reveló tan claramente sus dotes militares, que el General Herrera comprendiéndolo así, le dió el alto encargo que ya conoce el lector.

En poco tiempo aumentó la lucida División que puso a sus órdenes el General Herrera y eran tantas las promesas que para el porvenir se hacían visibles en él, que su muerte prematura y trágica, conmovió a todo el Ejército y muy particularmente a su Jefe, que decretó honores merecidos al ilustre difunto.

De concepción rápida, talento claro e ilustración poco común, el General Obregón era además, valiente hasta la temeridad, sereno hasta la exageración en el peligro, diligente y activo, buen organizador, de carácter franco, expansivo y alegre. Era tal vez demasiado severo en sus castigos, a veces cruel. Este defecto fué acaso causa de su trágica muerte.

A tiempo que perfeccionaba el organismo militar, mejoraba el General Herrera la administración pública, creando un cuerpo político armónico con las necesidades del Ejército y los altos fines que la campaña perseguía. Las rentas y gastos sobre todo, fueron debidamente regularizados; estos, reducidos a las necesidades más urgentes y regulados sobre la base de la más severa economía y aquellas restringidas a hacer lo menos gravosa posible la guerra, limitando las exacciones a racionales

límites, con la debida proporcionalidad de las fortunas, sin odiosas diferencias esenciales entre los miembros de los diferentes partidos. Hizo más, se esmeró en hacer efectiva la responsabilidad de los empleados de manejo, sometiéndole a rigurosa fiscalización y limitó cuanto es dable las facultades de que generalmente abusan los militares en los asuntos fiscales. Podemos asegurar que en ningún otro ejército se han llevado nunca las cuentas con la escrupulosidad que en el de Panamá.

Tal era el organismo surgido de las primeras victorias y del genio organizador del distinguido Jefe: su solidez no podía menos que resistir a todos los embates, de propios o de extraños, y su unidad debía llevarlo sin esfuerzo a los triunfos trascendentales que vendrían en seguida y que tendremos especial complacencia en relatar.

---

## EN LA BAHIA DE ALMIRANTÉ

*El archipiélago de Bocas del Toro. -- Expedición a la isla principal. -- Dificultades del camino que hay que recorrer. -- Todas son vencidas por los expedicionarios. -- El Coronel Buendía ataca a los gobiernistas atrincherados. -- Penetra en lanchas en la bahía. -- Los gobiernistas capitulan la entrega de la plaza. -- Buendía les ofrece garantías y cumple su oferta. -- El refuerzo que manda el Gobierno en el vapor "Pinzón". -- Buendía se arpesta a nueva lucha. -- Intervención amistosa del vapor americano "Macías". -- Buendía regresa a su campamento. -- Rasgos fisonómicos de este Jefe liberal. -- Lo que valdrá en el porvenir.*

Quando a principios de abril, ya satisfecho el General Herrera de la vigorosa organización de su Ejército y del orden administrativo establecido en el extenso territorio sometido a su dominio, alistó, como preliminar de nuevas operaciones, una expedición a Bocas del Toro, isla que hace parte del hermoso archipiélago que sitúa al norte de la gran laguna de Chiriquí, en la bellísima bahía del Almirante, casi en la línea fronteriza con Costa Rica, del lado del Atlántico.

Dicha expedición compuesta de 500 hombres y al mando del entonces Coronel Ramón Buendía, tenía que atravesar para llegar a su destino, una zona en extremo montañosa, poco traticada de propios y de extraños y por lo mismo escasa de

recursos. Parte del camino inaccesible al paso de caballerías, debía recorrerse a a pié y por lo mismo era preciso llevar a hombros el parque, así como también las provisiones de boca. Tales dificultades, que en otros habrían influido poderosamente para calificar de temeraria la empresa, no impidieron ni el pensamiento en el Jefe ni la ejecución en los subordinados, como que uno y otros estaban acostumbrados a no arredrarse ante las dificultades ni a parar mientes en ellas, siempre que concuerran al fin primordial de la victoria.

Aunque mermadas por las enfermedades consiguientes a las fragosidades del camino que tuvieran que atravesar, los expedicionarios rindieron fielmente la jornada terrestre y apoderándose de lanchas movidas por gasolina y otras embarcaciones menores, emprendieron vigoroso ataque sobre la población istmeña el 17 de abril.

La guarnición que allí tenía el Gobierno, sostuvo el ataque con valor y tenacidad; pero a poco fué perdiendo terreno al empuje incontinente de los nuestros, que la redujeron al solo recinto del Cuartel, donde reconocieron al fin su impotencia, ajustaron una capitulación que les otorgó el Jefe liberal, y según la cual se rindió la fuerza sitiada entregando todo su material de guerra, banderas etc., a cambio de garantías que le fueron debidamente cumplidas, concediéndoles pasaportes para seguir al extranjero o a cualquiera de los campamentos del Gobierno del señor Marroquín.

«El Coronel Buendía llevaba instrucciones perentorias para no permanecer sino horas en la ciudad, caso de ocuparla, pero tuvo algún retardo proveniente de la entrega de vehiculos pertenecientes a extranjeros, y ello dió lugar a la venida de refuerzos enemigos, en número considerable, procedentes de Colón.

«El 19 por la noche se presentó el «Pinzón» convoando dos buques que traían las fuerzas dictatoriales, e intimó al Coronel Buendía la rendición de su fuerza. Esa intimación fué rechazada con toda la energía y la entereza que cumplen al deber y al honor. Ante la inminencia de un nuevo combate en la ciudad, intruso su mediación el buque americano «Machias»; mediación que dió por resultado un tratado entre los dos combatientes, muy honroso para el Coronel Buendía.

«Cumplido estrictamente el pacto, cuyas estipulaciones muestran el respeto que supo inspirar la fuerza liberal, que desocupó la plaza con honores y en condiciones de que sólo hay

antecedentes en el pacto de Belfort en la guerra franco alemana de 1870, se efectuaron otros sucesos de que da cuenta el Jefe de operaciones, que dieron por resultado la derrota de 4 Generales gobiernistas.

“Es significativo que un Coronel de la Revolución haya hecho morder el polvo a cuatro Generales del Gobierno!

“Buendía es compatriota del ínclito Marín, el Maceo colombiano, con lo que hacemos su elogio, pues es bien sabido que las tres cuartas partes de los tolimeses son liberales que en la pasada guerra acudieron a todos los campamentos en donde diariamente dieron pruebas de su valor heroico y de su acendrado patriotismo. La cuna de Patrocinio Cuellar, en aquella memorable guerra, a la par que Panamá, Magdalena y Bolívar, se ha levantado con el heroísmo de sus hijos a emular con el altivo Santander y el histórico Cauca, para salvar la dignidad de Colombia.

“Oh Tolima! Tierra andaluza por el carácter festivo, hospitalario y romancesco de tus hijos, que así puntean el tiple y la guitarra, y lanzan al viento sus bambucos incomparables, como dan una carga al enemigo de sus fueros! Patria de tantos hombres esclarecidos en todos los ramos de la actividad humana, de tantos héroes del trabajo como lo son todos! Las verdes llanuras de tus campos y los cármenes que bordean tus poéticos ríos, fueron arrasados por la guerra santa que sostuvieron tus hijos a la vergüenza de vivir para mantener a los Gobiernos regenerantes.

Bien hayan los denodados, los buenos que desafían la muerte y el exterminio, antes que labrar tus campos para dar pábulo a la rapiña de trachimanes sin conciencia».

En premio a sus servicios y a su indisputable valor, el señor Director de la guerra ascendió a General, al enantes Coronel Ramón Buendía C. Era de los más jóvenes entre los que vestían uniforme estrellado en el Ejército Unido del Cauca y Panamá. Su modestia extremada y la suavidad de su carácter, contrastan admirablemente con el valor caballeresco que le distinguen y que le hace tan simpático.

No hay para que decir que era enteramente nuevo en nuestras luchas, como que apenas tomó parte en aquella guerra, en la que hizo su brillante carrera. Pertenece a la distinguida juventud que Bustamante sacó del Tolima y que puede decirse la ha formado.

Compañero inseparable de este Jefe en todas sus campañas,



asistió a los numerosos combates en que aquel tomó parte más o menos directa. Perteneció pues el General Buendía al valioso contingente, que con su actividad y energía, trajo al Ejército Unido el Sub Jefe de Estado Mayor Generalísimo, General Paulo Emilio Bustamante.

El día en que el Liberalismo hecho poder no a virtud de la victoria, sino porque lleguemos a la alternabilidad del voto libre, Buendía hará seguramente carrera por sus brillantes cualidades, y más que todo, por su dulzura natural, que le hace amar de sus soldados y simpático a cuantos tienen que tratarlo, lo mismo que por su intachable probidad,

---

## EPOPEYAS DEL MAR

*Éxitos de la Revolución en el mar de Balboa. -- El General Herrera inicia los combates en el Pacífico, sólo conocidos en el sur del Continente. -- Los luchadores de mar y los de tierra. -- Pasaje elocuente de Lamartine. -- Proezas del Almirante Padilla. -- Hundimiento del Lautaro. -- Captura del bergantín San Atanasio con el Bon. Colombia. -- Fuga del Chuiquito. -- Combate en la bahía de Panama. -- Derrota de la armada gobiernista. -- Combate de Mensabé. -- Captura con jefes, Oficiales y soldados de la cañonera Bogotá. -- Significado de esta proeza naval. -- Dificil situación del Gobierno. -- El General Rafael Santos héroe de estos triunfos. -- Rasgos de este entusiasta liberal. -- Ataque del Chuiquito a la Boyacá. -- Vergonzosa fuga del buque del Gobierno. -- El General Paulo Emilio Morales.*

---

Al hacer un rápido recuento de las victorias obtenidas por el liberalismo, en las costas occidentales de Colombia, bajo la hábil dirección del General Herrera, no es posible olvidar aquellas que, obtenidas en el mar, le dieron la preponderancia en el Pacífico.

Tocó al General Herrera iniciar la era de los combates navales en el Mar de Balboa, donde dichas lides eran conocidas solamente en el sur. Desde que el gran Padilla pagó en el cadalso su amor a la libertad, se había perdido entre nosotros la noción

de esos formidables torneos en los que, entre lo ilimitado de los cielos y lo ilimitado de los mares, se disputan los hombres los laureles del triunfo, confiados a los flotantes leños, que son como átomos perdidos entre la grandeza de las «dos augustas majestades» que contemplan sus luchas.

Los variados, gloriosos episodios que son indispensables en las batallas del mar, así como las especiales cualidades que han de distinguir a los héroes de esas lides, son los que han determinado en todo tiempo la gloria de tales luchadores, ya se trate de Nelson a los principios del pasado siglo como de Dewey en sus postrimerías. Lo extraordinario de sus victorias explica el que fueran recibidos entre sus compatriotas al volver a la patria, con los honores que la antigüedad tributó a sus semidioses.

No podemos resistir a este respecto la tentación de traducir el elocuente pasaje en que Lamartine pinta las diferencias de los héroes de mar y los de tierra.

«Al uno -- dice -- sólo es necesario cierta clase de heroísmo, el que desafía el fuego; pero el otro ha menester de dos: el que desafía la muerte y el que desafía los elementos. Pero el corazón que basta al que combate en tierra, no basta al que en los mares lucha: todas las cualidades de la inteligencia y del carácter son tan necesarias como el valor del Jefe que gobierna la maniobra o el fuego sobre el puente del navío almirante. La ciencia para leer su ruta en los astros; la vigilancia para preservar sus buques de los vientos y los escollos; el conocimiento y el manejo seguro y pronto del timón, que hacen mover como un instrumento esa máquina inmensa, casi animada que se llama un navío de guerra; el ardor para volar al fuego a través de la muerte; la sangre fría para conservar el golpe de vista que envía o pára el golpe; el celo que se exalta con la certidumbre de perecer, y que se arroja al foco del incendio y del plomo para quemar su propio puente bajo su planta, sacrificando su navío a la suerte de la escuadra; la autoridad del mando que hace reconocer y respetar la salvación de todos en la voz de uno solo; la decisión que obra antes de deliberar, con la seguridad e infalibilidad de un instinto; la obediencia que plega el sentimiento propio y muchas veces contrario a la ciega santidad del mando superior; la disciplina que vive de la justicia y que hiere aquello mismo que ella excusa, para mostrar a todos la igualdad de la regla; la serenidad del semblante en las angustias del corazon, para hacer leer la confianza en las miradas del Jefe; la

gracia varonil y digna del carácter, para conservar en la familiaridad de abordó ese prestigio que los Generales de tierra conservan cuando temiéndose alejados, y que los Generales de mar tienen que preservar frente a frente con las tripulaciones que los rodean a cada instante; audacia prudente de esas responsabilidades imprevistas que exigen una decisión propia, cuando se está a una gran distancia de su gobierno; responsabilidades que concentran en una maniobra y un hombre la suerte de un imperio; los desastres tan inesperados; las noches que separan los buques, las tempestades que los sumergen; los incendios que los devoran; las corrientes que los encallan; las calmas que los petrifican; los escollos que los destrozan; cosas todas que hay que prever, que reparar, que soportar con el estoicismo del hombre que lucha cuerpo a cuerpo con el destino en un puente estrecho y casi sin testigos, por todo campo de batalla; una gloria ingrata hora tras hora y que se pierde en un momento, que algunas veces no llega a oídos de la patria; una muerte lejos de lo que se ama; una sepultura en los abismos del océano, arrojada a la costa cual resto de naufragio; ¡tal es el hombre de mar! Cien peligros por una gloria, diez héroes en un solo hombre».....

Sustituid las calmas petrificadoras de los antiguos buques de vela, con las faltas matadoras de combustible que paraliza la rapidez avasalladora de los cetáceos modernos, y la descripción es tan aplicable a la época de Nelson como a la de Dewey.

Al hundimiento del «Lautaro» que fué nuestro Aboukir, siguieron otros triunfos navales no menos importantes, por las circunstancias en que fueron dados y las consecuencias favorables siempre a la Revolución, que ellos tuvieron en el curso de la guerra.

Cuando en Junio de 1902 resolvió tomar la ofensiva el General Victor M. Salazar, tuvo la errónea creencia de que nuestro «Almirante», había sido detenido en un viaje hecho por él a Centro América, y en tal virtud dió comienzo a la movilización de sus tropas, enviando, remolcado por el Chuiquito, al velero «San Atanasio» con el Bon. Colombia a hacer el primer desembarco. El «Almirante Padilla», avistó oportunamente a las naves enemigas, puso en juego sus poderosas baterías y el «Chuiquito», puesto en vergonzosa fuga, abandonó su remolque, el «San Atanasio», que con la gente que llevaba a su bordo cayó en nuestro poder.

Fué esta la introducción a la serie de combates marítimos que pata a fines de Julio dieron por resultado la casi destrucción de la armada gobiernista.

Con el propósito de impedir los desembarcos, fué enviado el «Almirante» con el «Cauca» hasta la bahía de Panamá en donde tuvieron lugar en los días de Julio los admirables combates en que toda la flota gobiernista fué miserablemente corrida por la nuestra.

A estos siguió el más glorioso aún de «Mensabé», si no por la resistencia del enemigo, que nada tuvo de heroica, si por los felices resultados obtenidos con ella para nuestra causa, con la captura de la cañonera «Boyacá» cargada con un importante refuerzo de jefes, oficiales y soldados que ella conducía para Aguadulce.

Las circunstancias que rodearon a esta victoria; la importancia que ella entrañaba en el tiempo y en las circunstancias en que ella fué obtenida, se hacen más palpables todavía de lo que se expresa en el parte respectivo, en la impresión que en el enemigo produjo y que fué de absoluto anonadamiento, desde luego que dicha nave, la «Boyacá», era el puente por donde la fuerza sitiada para entonces en Aguadulce podía comunicarse con su gobierno y obtener recursos.

Todas estas victorias emanadas de las juiciosas órdenes del General Herrera, tuvieron como héroe principal al modestísimo cuanto valiente General Rafael Santos V. Segundo Jefe de la Armada liberal y primer Comandante del crucero «Almirante Padilla».

Tiene el General Rafael Santos V. la fisonomía de un inglés y tal lo parece también por el espíritu práctico que se hace notar en todas sus acciones. Basta tratarlo una vez para distinguir en él al atildado caballero de educación esmeradísima y nobilísimo carácter. Aunque sobrio en el decir, el General Santos se produce siempre con espontaneidad y sus juicios, siempre acertados, revelan una inteligencia cultivada en la que el equilibrio mental es fruto natural del orden metódico que ha precedido a aquel cultivo: desde luego se comprende que ha vivido en un medio social en el que la alteza de los sentimientos corre parejas con las cultas manifestaciones que deben informarlos.

Es el General Santos una de esas naturalezas apacibles y discretas que nos reconcilian con la vida en las que tantas asperezas nos fatigan. Ni se ven en él exagerados alardes de atención para con los poderosos, ni manifestaciones despectivas para los

que mantienen en las llanuras sus fortunas. Correcto con todos, caballeroso, atento con sus superiores y afable con sus subalternos reúne a la corrección de las formas, la discreción del pensamiento, y tanto se hace amar de los unos como infunde cariñoso respeto a los otros. Tiene como el dón de gentes, tan encarecido como escaso, que sabe atraer las voluntades sin gastar la energía que ha de servir para desbistar aspersiones enormes. Hizo el General Santos estudios militares y de matemáticas en nuestra Escuela Militar de Bogotá, en los buenos tiempos en que se formaron allí los apreciables cadetes que con el andar de los tiempos habrían de convertirse en Jefes distinguidos. El General Santos fué alumno sobresaliente de la citada escuela; pero su filiación liberal no le permitió practicar en el ejército, después de sus estudios, terminados precisamente cuando comenzaba el ostracismo del partido.

Para ocupar debidamente la actividad infatigable que le es característica, el General Santos se entregó desde temprano a las tareas mercantiles, donde el fruto de sus labores cristalizó en los gajes de modesta fortuna en cuya conservación y ensanche, así como en los nobles cuidados de un hogar honorable y feliz, compartió todo su tiempo aplicándoles todas sus grandes facultades.

La revolución lo halló dedicado a esas tareas en la industriosa ciudad de Honda. El General Santos ha figurado con honra en la grandiosa epopeya representada por el liberalismo en aquel Departamento. Del Tolima pasó al Cauca donde figuró en varias acciones de armas, entre otras, en la pérdida y recuperación de Tamaco. De aquella isla vino al Istmo con el General Herrera y en las últimas campañas de este Jefe, figura en todas las ocasiones el nombre del General Santos, entre los más valerosos, entre los más honrados, entre los más cultos y entre los más abnegados.

Improvisado marino, estaba ya tan connaturalizado con el mar y con su buque que vivía en dichos elementos como si en ellos se hubiera criado. La técnica, la nomenclatura y cuanto se refiere a las maniobras lo sabía como si hubiera estudiado a fondo pilotaje y cursado en alguna escuela naval de las más recomendadas.

El 3 de septiembre tuvimos una nueva batalla en el mar. «El Chuiquito», capitaneado por el traidor Esteban Huertas, conocedor de los defectos de la «Boyacá» y olvidando que las cosas se modifican con los que las manejan, atacó a la última

nave nombrada mientras se dirigía a una comisión; pero el escarmiento fué duro para los atacantes que tuvieron que salir en fuga vergonzosa.

El Comandante de la cañonera «Boyacá», General Paulo E. Morales, hace juego por su cultura y la suavidad de su carácter con el del «Almirante Padilla» y sus servicios a la causa no son menos valiosos.

La guerra última encontró al General Morales radicado en Panamá donde había comprometido desde hacía algunos años cuantiosos intereses en varias labores industriales. Todo lo abandonó cuando fué necesario para servir a la causa de sus convicciones, y así fué un colaborador eficaz en la campaña de 1900 que dirigieron los Generales Emiliano Herrera y doctor Belisario Porras. Después del desastre de Julio fué al Ecuador y en su oportunidad ofreció sus servicios al General Herrera a quien acompañó con éxito en la campaña del Istmo.

El General Paulo E. Morales es nativo de Antioquia. Culto, generoso, de valor reposado y sereno, laborioso y activo, es en extremo simpático para todo el que lo trata de cerca. Excelente y nobilísimo amigo, a quien él ha dado este título puede estar seguro de que lo abrumará en todo tiempo con sus atenciones, su generosidad y su cariño.

---

## EL CERCO GIGANTE

*La revolución en la Costa y en Cundinamarca. -- Derrota de Morales Berti en Pivijay. -- Capitulación de Foliaco. -- Morales Berti en Panamá -- Negociaciones de paz entre el doctor José Vicente Concha y el General Vargas Santos. -- Fracaso de las gestiones de estos patriotas. -- Influencia funesta de Aristides Fernández. -- Morales se moviliza con 3.000 hombres. -- Ocupa la provincia de Coeló. -- Movimientos estratégicos del General Herrera. -- Morales Berti se acoge a las trincheras de Aguadulce. -- Desastres del Gobierno. -- Comienza el cerco. -- Obstáculos vencidos. -- El cerco de alambre. -- "Nos empotieran". -- Escasas víctimas de uno y otro bando. -- Los muertos liberales.*



A mediados del mes de abril de 1902 las fuerzas liberales que mandaban los Generales Clodomiro y José. María Castillo en el Departamento del Magdalena, tomaban a Riohacha al mismo tiempo que Buendía ocupaba a Bocas del Toro y en la parte oriental de Cundinamarca ponían en dificultades al Gobierno, las guerrillas concentradas bajo el mando superior del General Foción Soto, Sub Director General de la Guerra, quien después de un largo y penoso cautiverio en el panóptico de Bogotá, había logrado escapar con algunos compañeros de aquella sombría cárcel.

Sabedor el Gobierno del señor Marroquín del incremento



que tomaba la Revolución en la Costa y de que el General Uribe Uribe se dirigía con un fuerte Ejército a reforzar al General Soto en Cundinamarca, dejando así de ser una amenaza para Santander, dispuso que el grande Ejército que en este Departamento mandaba el General Ramón González Valencia, fuera en parte a Cundinamarca y en parte a la Costa a oponerse al avance de la Revolución. En virtud de tales disposiciones, fué cuando, a tiempo que González Valencia, con el grueso del Ejército de su mando, marchaba para Bogotá, una División al cuidado del General Luis Morales Berti se encaminaba a la Costa.

Carecemos de datos para dar una idea clara acerca de las operaciones del General Uribe Uribe en los alrededores de la Capital de la República; pero es lo cierto que la fatalidad arrastró a este Jefe liberal a los desastres del «Aroladero» y del «Guaibó» y que a consecuencia de ellos, tanto él como el General Soto salieron para el Exterior, quedando los restos de sus fuerzas al mando de los Generales Pulido y Mac Alister.

Más afortunados los revolucionarios del Magdalena, rechazaban a Morales Berti en «Pivijay» y obligaban más tarde a capitular en «Fonseca» al General Ignacio Foliaco, consiguiendo con dichos triunfos aumentar considerablemente su Ejército y dominar casi en absoluto aquel Departamento.

Del Magdalena había pasado Morales Berti a Panamá, donde fortalecido su tambaleante gobierno, con tan valiosos refuerzo, se dispuso tomar la ofensiva contra el Ejército liberal que le había a conocer su pujanza en tan variadas ocasiones.

Nuevamente habían fracasado las patrióticas tentativas de avenimiento entre los dos combatientes. Atendiendo a corteses insinuaciones del doctor José Vicente Concha, Ministro acreditado en Washington por el señor Marroquín, había dejado el General Vargas Santos su residencia de Curazao y trasladándose a New York para conferenciar con aquel y discutir las bases de un arreglo entre los dos partidos que pusiera fin a la desastrosa guerra que nos venía aniquilando. Ni fué posible llegar a un verdadero avenimiento, ni ello habría sido posible con la intransigencia del Ministro Fernández que ejercía una verdadera tiranía en el país, y que cortó bruscamente las negociaciones intentadas por los dos patriotas.

Fué en el mes de Julio cuando el Gobernador Salazar comen-

zó a mover fuerzas con el intento de atacar al General Herrera y ya hemos visto como fué capturado en el velero San Atanasio, el Bon. Colombia.

Esto no impidió sin embargo que parte por tierra y parte por agua, movilizara el Gobierno hasta 3.000 hombres, que al mando superior del General Morales Berti, ocuparon parte de la Provincia de «Coclé», que fué abandonada por nuestras fuerzas a virtud de órdenes precisas que tenía recibidas del señor Director de la Guerra en el Cauca y Panamá. Dichas fuerzas quedaron resguardando la ribera derecha del río Santa María, límite entre Coclé y Veragua, mientras el General Herrera se movía con el grueso de su Ejército a la sazón en «Chiriquí.»

Todos los movimientos del General Herrera se encaminaron a obligar al enemigo a concentrarse en Aguadulce, lo que sucedió según sus previsiones. Los atrincheramientos que para el mes de febrero habían sido tan formidables, fueron mejorados ampliamente en esta ocasión, como que figuraba entre los Generales del Ejército gobiernista el mismo Castro que había presido las fortificaciones a principios del año. Para impedir los flanqueos, multiplicaron las trincheras por todas partes y para poner valla al empuje temerario y audaz que fuera tan sorprendente en febrero, se reforzó el circuito poco menos que amurallado, con fosos y con cercas de alambre en las que quedaba como encerrada la ciudad, cuya extensión podrá calcularse, si se tiene en cuenta su situación, en un llano que convida a la amplitud de las habitaciones y que su población, en tiempos normales, no baja de 8.000 almas, que viven con más o menos independencia y relativa comodidad, justificada por la abundancia de riqueza naturales de la comarca.

Tales precauciones, tomadas sin embargo, no les sirvieron sino para hacer más desastrosa su ruina. No calcularon, seguramente, que los tiempos y las circunstancias, varían al infinito los procedimientos y que sólo los espíritus vulgares se aferran sin cálculo y sin discernimiento a las prácticas rutinarias que se traducen en movimientos uniformes e indefinidamente repetidos. En febrero el General Herrera con ejército relativamente pequeño, con un dominio limitado al terruño que pisaba, necesitaba de golpes de audacia en que el valor supliera al número para hacerse a tierra firme y a una dominación efectiva y extensa; por eso el primer Aguadulce fué de los asaltos soberbios, de la epopeya del combate. En Julio era diferente;

dominaba casi todo el Istmo, contaba con fuerzas superiores a las del enemigo y tenía absoluta seguridad de que no serían reforzados, especialmente desde que con la captura de la «Boya-cá» cayó en su poder el precioso refuerzo que envió el General Salazar y quedaba dueño absoluto del mar Pacífico, donde sólo señoreaba su escuadra reforzada con la cañonera del Gobierno; por eso la táctica del segundo Aguadulce fué la del bloqueo que en la paciente espera decide del éxito de las operaciones y ahorra sacrificio de sangre.

El 29 de Julio, verificado ya el paso del Santa María por las fuerzas del General Herrera, se rompieron las hostilidades entre los dos Ejércitos rivales. Un movimiento de avance, hábilmente ejecutado y con el que se trató de envolver al enemigo, lo redujo a sus atrincheramientos, donde esperaron en vano los épicos asaltos del 23 de febrero.

El avance fué lento desde entonces pero con fin determinado: estrechar al enemigo oponiéndole fortificaciones más o menos semejantes a las suyas.

Ellos trabajaron sin que nadie los molestara, teniendo a la mano todos los elementos necesarios; pudieron medir con matemática exactitud las distancias, promediar las alturas para hacerse invulnerales. Los nuestros tuvieron que trabajar bajo sus fuegos, generalmente certeros, haciendo a ojo los trazos, entre las sombras de la noche, apagando los ruidos de las herramientas para no ser sorprendidos; obligados en fin a fortificar un circuito casi doble del que ellos habían construido sin los peligros de un enemigo al frente que hace cuanto puede por estorbarlo.

Pero la perseverancia venció a los obstáculos, el valor se sobrepuso al peligro, domó la paciencia las dificultades, la necesidad creó las herramientas y al círculo de sus murallas y sus fosos se opuso otro más amplio y poderoso como el suyo, a su gran cerco de alambre, un cerco doble de magnitud gigantesco.

«Nos *empotreran*» gritaban ellos detrás de los muros donde se defendían, y era la verdad, cuando estuvo concluido, la ciudad quedó convertida en un gran potrero, de donde era imposible salir sin encontrarse con la muerte.

Efectivamente, desde aquel momento toda esperanza de triunfo debió huir de la mente de los sitiados. Sólo les quedaba una esperanza: la de un refuerzo que no llegó nunca.

Al iniciarse no más el envolvente avance, murió, víctima de su arrojo, el General Porfirio Sotomayor. Era este un verdadero neurótico. Había en las manifestaciones de su carácter, algo como un desequilibrio mental que determinaba en él situaciones contradictorias de amor y de odio, entusiasmo febril y hondos desfallecimientos. Por eso su valor tenía mucho de irreflexivo, así como eran sus faltas fratos de situaciones inconscientes.

Y sin embargo, recibió las primeras impresiones de la vida, aquellas que más parecen influir en la modelación de caracteres, al lado de una de las más hábiles y virtuosas institutoras que hemos tenido en la Costa Atlántica; espíritu nobilísimo en el que han informado las almas de muchas madres modelos que recibieron de ella las primeras enseñanzas. Lo que prueba que a más del medio en que se desarrollan, influyen en la formación definitiva de los caracteres, lo que pudiera llamarse la materia prima sobre la que se ha de obrar y las circunstancias favorables o adversas que posteriormente gravitan sobre ellas. En el General Sotomayor concurren seguramente muchas causas adversas que determinaron en él las asperezas que aunque de modo intermitente, deslustraban la natural bondad de su carácter.

Era bastante joven el General Sotomayor y sólo conocía de la política las amarguras del ostracismo liberal. Empezó su carrera política siendo muy joven, en 1885. Se hizo notar por su valor en la campaña de Bolívar en la que se distinguió muy particularmente en los combates de Tolúviejo y Corozal. Sufrió los rigores del destierro en Centro América y cuando llena de amargura el vino a incorporarse al Ejército unido del Cauca y Panamá, fué de las primeras víctimas escogidas por la muerte para fecundizar el suelo que tan propio ha sido para las armas liberales.

Víctima notable del desastroso «palomeo», como en lenguaje de cuartel se calificaron los disparos a mansalva, que desde garitas construidas *ad hoc* hacían desde uno y otro campo, lo fué el notable chiricano Sargento Mayor Elías Esquivel, que era una esperanza para la patria y para la familia, tronchada en flor por la hoz implacable de la guerra.

Modesto, valeroso y honrado fué el joven Esquivel, magnífico servidor de la causa que halló en él un buen soldado y un buen administrador cuando fué designado para la Prefectura de Veragua, que desempeñó a satisfacción de todas las personas honradas de dicha provincia.

La prematura muerte de Esquivel fue motivo de duelo para todo el Ejército y muy particularmente para el numeroso personal de chiricanos entre los que gozaba de las más cálidas cuanto merecidas simpatías.

---

---

## AGUADULCE RENDIDA

*La agonía de los sitiados. -- El hambre, las infecciones y las pestes diezman a los sitiados. La situación se hace insostenible. -- Comienzan las negociaciones. -- Suspensión de hostilidades. -- El Jefe sitiado capitula. -- El General Herrera le concede una honrosa capitulación. -- Magnanimidad del Jefe liberal. -- Noble conducta de los vencedores. -- Los vencidos honrados por los vencedores. -- Solicitud de los liberales para proveer de viveres a los capitulados. -- Cuidados a los enfermos -- Rasgos del General Morales Berti. -- Atenciones que recibe del General Herrera. -- El doctor Lucas Caballero. -- Su fisonomía moral y política. -- Su actuación en la campaña. -- Su porvenir.*

Los días del mes de agosto en que fué sostenido el asedio, no iban marcando en su invariable curso, sino la lenta agonía de los sitiados que obligaría a decir probablemente al bizarro Jefe encerrado en Aguadulce:

«Mi agonía es la bárbara agonía  
Del que quiere evitar lo inevitable»

Terminados los combates épicos de los primeros días, cuando la circunvalación era completa., siguieron los monótonos episodios del «palomeo», mezclados a intervalos a los graves, estruendosos acentos de la artillería, que con el hambre y la

infección, debían ser ya nuestras armas agresivas respecto al Ejército sitiado, según gráfica expresión del señor Jefe de E. M. Generalísimo.

Esa situación duró así hasta el día 25 en que se iniciaron por parte de los sitiados las negociaciones sobre una capitulación.

El hambre con todos sus horrores se hacía ya sentir en el campo enemigo. Habían agotado ganados y caballerías y hasta las palmas que sombreaban el poblado habían desaparecido a virtud del hambre producida por la falta de alimentos. La infección de los cadáveres insepultos, multiplicando los agentes morbosos, hacía más precaria la situación por el gran número de enfermos, sobre modo doloridos, famélicos.

No había más remedio que aceptar la ley del vencedor, el que por demás fué magnánimo, como se ve por el texto de la capitulación.

En el cumplimiento de tan generosas capitulaciones, demostró una vez más la índole benévola del liberalismo y la disciplina ejemplar de nuestro Ejército. Ni una palabra descompuesta, ni un ademán injurioso pudieron oír o notar en los nuestros, los capitulados, durante el desarme, ni después de verificado. Ni siquiera se festejó el triunfo con esas aclamaciones de natural entusiasmo que son como gajes inocentes de toda victoria. Se supo honrar dignamente la desgracia de los que habían sucumbido con honor, y nadie pensó amenguar aquella victoria extraordinaria, con las ruines bajezas que sólo las almas nobles pueden hacer pesar sobre el infortunio de los que ya no pueden defenderse.

Fué admirable la solicitud con que se repartieron víveres a aquellas tropas que iban como perdiendo ya la noción del alimento y todos a porfía sin previo acuerdo, siguiendo nuestras naturales inclinaciones y la índole de los principios que defendemos, nos disputamos el placer de servir y consolar a los que, adversarios el día anterior volvían por virtud del vencimiento a ser otra vez nuestros hermanos.

Los Jefes superiores vencidos, recibieron de nuestro Jefe supremo las más solícitas atenciones y con especialidad el caballeroso joyen que mandaba el Ejército sitiado, General Luis Morales Berti.

Cuando por primera vez nos relacionamos en San José de Cúcuta con el hoy General Luis Morales Berti, combatía él en la prensa y como genuino conservador, los abusos de la Rege-

neración en todo su apogeo, y tales brotes de independencia de carácter y de valor civil, cuando aún era muy joven, al par que le merecieron hasta crueles persecuciones de parte de los gobernantes de entonces, que llegaron hasta encarcelarlo, le conquistaron numerosas simpatías entre los hombres honrados de su partido y aún entre sus propios adversarios políticos.

Las leyes terribles que para castigar las opiniones liberales. dictó a raíz de su triunfo la Regeneración, le fueron aplicadas al valiente Redactor de «El Mortero» con tal lujo de rigor y de sevicia que, haciéndoselo imposible el sosiego en su propia tierra, optó por el ostracismo voluntario, pasando a Venezuela. Ardía para aquel entonces el fuego de la discordia civil en la vecina República: un Magistrado perjuro trató de prorrogarse por su cuenta los poderes constitucionales que la Nación le confiara, y para consumar el atentado, había desconocido al Congreso, el que por tales motivos llamó los pueblos a la guerra. Morales Berti tomó partido del lado de los defensores de la ley, que por ello se nombraron «legalistas» y combatió con vigor y energía a los copartidarios del Presidente perjuro, que se llamaron «continuasistas».

En dicha guerra, que fué disputada y sangrienta, halló el joven periodista estímulos bastantes para hacer notar sus energías, y la dura campaña que le tocó en suerte, lo inició en las prácticas de la milicia y en los secretos de la guerra. Le tocó combatir en la parte de Venezuela que confina con el Departamento de Santander, el antiguo Estado de los Andes, famoso por lo aguerrido de sus hijos, acaso los más briosos luchadores de la patria de Bolívar. De esa región venezolana pudiera decirse en verdad lo que Julio Arboleda decía de nuestro Cauca, que «allí todo es grande, hasta el delito».

En ninguna parte fué más desastrosa la guerra de aquel año (1892); allí las famosas cargas a arma blanca de «San Juan de Colón» y de «La Mocotí», las luchas terribles de «La Florida» y de «Mérida» y como cien combates más de menos importancia. Héroe unas veces como en «Cuchicuchí» otras vencedor y las más vencido, Morales Berti fué parte distinguida en dichos combates hasta caer prisionero en manos del General Cipriano Castro, definitivo vencedor en aquella región para entonces.

Sin embargo, la Revolución Legalista con mejor suerte en el resto del país triunfó de las fuerzas que apoyaban la usurpa-



ción, obligando a Andueza Palacio a salir de su patria. El Jefe revolucionario, General Joaquín Crespo, entró triunfante a Caracas en octubre y asumió las funciones del Poder Ejecutivo, haciendo caso omiso del Congreso que había puesto en sus manos la espada para volver por los fueros de la ley, pisoteada por Andueza Palacio, aconsejado por sus malos colaboradores. En atención a sus servicios, Morales Berti fue nombrado Intendente de la Aduana de San Antonio del Táchira.

Cuando en 1895 se levantó en armas una parte del partido liberal, Morales Berti, ya Coronel, ofreció sus servicios al Gobierno del señor Caro e hizo papel en la corta campaña. Desde esa época siguió con intermitencias influyendo en la política de Cúcuta, en particular y en la de Santander en general, ya concurriendo a la Legislatura, ya desempeñando otros puestos.

La actual revolución lo halló en la Prefectura de Cúcuta. Aunque Peralonso fué un desastre para el Gobierno, la conducta valerosa de Morales Berti en aquella batalla, le valió las estrellas de General. También se distinguió en Palonegro, lo demás lo sabe el lector.

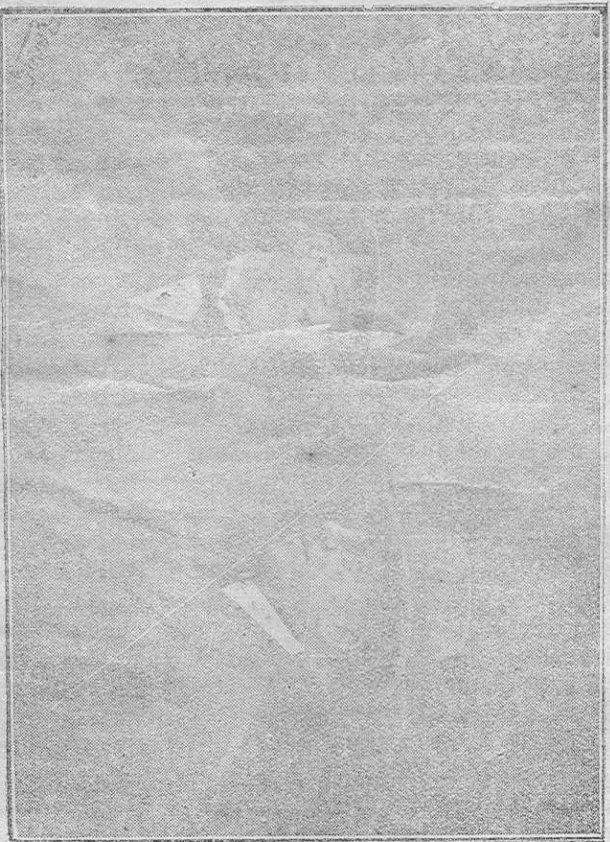
De carácter franco y en gran manera expansivo, de palabra fácil y elocuente, de inteligencia clara como todos los de su raza, el General Morales Berti es un conservador sin preocupaciones, ni absurdos fanatismos, tiene amplitud de miras, es generoso, hidalgo y desinteresado. En muchas ocasiones ha dado prueba de valor y energía. Sus odios son más de cabeza que de corazón. El cosmopolitismo cucuteño como que no se aviene con los sectarismos furiosos y así nos explicamos que los conservadores de allí profesen ideas más humanas que los del resto de la República.

Morales Berti es un ejemplar de los más legítimos de esa clase de conservadores, en parte liberalizado, que es fruto natural del espíritu predominante en aquella región del país.

El conocimiento perfecto que tenía el General Herrera de las cualidades que informan el carácter del Jefe conservador de Aguazuque, influían en su ánimo, aparte de sus naturales sentimientos de magnanimidad, para distinguirlo como lo distinguió y continúa distinguiéndolo, con las marcadas muestras de consideración y simpatía.

Caer como cayó el General Morales Berti en Aguaduce es

# El vencedor y el vencido



General Benjamin Herrera - General Luis Morales Berú.

caer con honor y quien así cae es un vencido que merece respeto.

Como complemento del triunfo debe ser considerado el buen éxito de las operaciones de la séptima División del Ejército en la Provincia de Panamá, donde el General Victoriano Lorenzo escarmentó duramente al enemigo en San Carlos, despejando esa región hasta el Arado, punto distante pocos kilómetros de la línea del Ferrocarril.

Aunque la figura moral y los altos quilates de la cultura intelectual del Jefe de E. M. Generalísimo, General y doctor Lucas Caballero, se transparentan en los escritos salidos de su pluma de oro, no estará por demás que lo demos a conocer al lector haciendo resaltar los rasgos más sobresalientes de su nobilísimo carácter.

Hijo del admirable suelo de Santander, el doctor Lucas Caballero lleva en sus venas sangre de próceres ilustres del liberalismo y no es extraño por tanto su amor desinteresado a esta causa generosa. Por ley de herencia pasan de una a otra generación con los rasgos fisonómicos que determinan el tipo familiar, los estigmas naturales de los sentimientos que sirven para modelar la fisonomía moral y los caracteres peculiares a la estirpe. Sólo cuando influencias atávicas obran como causas perturbadoras, se producen verdaderas monstruosidades en el orden moral que en todo caso son excepciones confirmatorias de la regla general que dejamos establecida.

El doctor Caballero tiene condiciones de verdadero hombre de Estado. No llena cuartillas por simple deseo de demostrar erudición o producir frases brillantes que lleven la fascinación del encanto a los lectores. Su prosa, sin dejar de ser elegante y castiza, tiene la sobriedad austera del concepto que proclama verdades eternas, persigue fines altísimos y sienta las bases de una moral inobjetable. No se acomoda a las necesidades del momento para falsear la lógica, sino que hace pié en los hechos cumplidos para deducir consecuencias racionales en armonía con los principios que informan su credo, tendientes a fines humanos, nunca a fantasías utópicas o a deducciones oportunistas que desvían el criterio para favorecer ideales interesados y por lo mismo malsanos.

Su excesiva modestia forma como brillante aureola a sus grandes conocimientos, y su bondad ingénita no hace enfadosa su superioridad. Hay quienes supongan fingimientos su cultura y quienes tengan por amaneramiento la suavidad genial de sus

manifestaciones y palabras, sin comprender que la nobleza de las almas, así como la benignidad de los instintos tienen en la gama natural de los sonidos el tono especial que los distingue; la cólera felina se traduce en bramidos y la casta bondad de la paloma se manifiesta en arrullos.

Su carrera política para entonces comenzaba con la guerra y fué inmenso el acervo de sus servicios a la causa de sus convicciones y a la patria misma. Su labor en la prensa es valiosísima, sin vanos alardes demagógicos ni pueriles anhelos de una popularidad cimentada sobre la ruina de reputaciones immaculadas. Su temperamento altruista informa sus ideas humanitarias de arreglos de diferencias partidarias por medio de luchas incruentas basadas en el honor y la lealtad sin las dobleces tan del gusto de los políticos aviesos.

Su colaboración en el Ejército liberal aunque más civil que militar fué de las más eficaces y por eso el General Herrera lo consideró siempre en aquel tiempo y ha continuado considerándolo, como elemento valiosísimo para el presente y para el porvenir del partido, en el que está destinado a ser de los primeros por la disciplina de su espíritu y la lealtad insospechable.

---



## LA PAZ

*Procederes correctos de la Revolución. -- Calumnias y procaçidades de los enemigos. -- El Ejército Unido del Cauca y Panamá. -- El General Benjamín Herrera, su jefe. -- Como manejó su Ejército este jefe. -- Las rentas de que dispuso. -- Como se gastaron. -- Probidad revolucionaria asombrosa. -- Después de la capitulación de Aguadulce. -- Poderío del General Herrera. -- Elementos de que disponía. -- Su propósito de invadir el Valle del Cauca. -- Probabilidades del triunfo de la Revolución. -- Causas que lo hicieron variar de pensamiento. -- Su sacrificio por la Patria. -- Antecedentes del Tratado del Winconsin. -- Texto completo del Tratado. -- Lo del vapor Padilla. -- Cómo cumplió el Gobierno las estipulaciones del Tratado.*

---

Por más que las revoluciones son por su esencia generadoras de desorden, quien haya leído con ánimo sereno e imparcial estos apuntamientos, tendrá que convenir que la que ensangrentó el país de 1899 a 1902, no fué de las que dejó más hondas heridas en el seno de la Patria y que sobre todo en las campañas que dirigió directamente el General Herrera, reinó un orden verdaderamente asombroso en razón a la estricta disciplina que él sabe imprimir a las fuerzas de su mando. El patriótico interés que ha informado siempre sus anhelos, fué poderoso estímulo para modelar sus procedimientos en una absoluta co-

recepción, buscando en todo caso la economía de sangre y de intereses. Ni el odio que todo lo envenena, ni los gajes que todo lo empequeñecen, precedieron nunca a sus actuaciones generosas al igual en las militares y civiles. La defensa del ideal como fin y la energía bien dirigida como medio de llegar al triunfo, tales fueron las características de esta guerra por parte de los Jefes liberales, así como la probidad en los principios lo mismo que en los procedimientos, ponen como sello de honorabilidad indiscutible a la generalidad de los actos del liberalismo que en el doloroso certamen de heroísmo presentado durante tres años de guerra, dejó demostrado ampliamente a cuanto ascienden los quilates de su desinteresado amor por los principios de su credo humanitario y civilizador.

La pasión política sin embargo carece de ojos para ver y de oídos para oír, por lo que, aun contra la más clara evidencia de los hechos, se niegue toda bondad al adversario, se llenen de contumelia las más bien cimentadas reputaciones y se cubra de lodo y de vergüenza a agrupaciones respetables por más de un respecto. Es verdad que ningún partido está compuesto de ángeles; pero no podrá negarse que en el seno del liberalismo abunda una gran mayoría de hombres distinguidos por suposición social, por su ilustración, por su probidad y acendrado patriotismo, al igual que en su tradicional adversario, el partido conservador.

Con lamentable ceguedad, sin embargo, se hizo uso durante la guerra de las más burdas calumnias contra nuestros Jefes más distinguidos y la procacidad fué arma frecuentemente esgrimida contra el liberalismo para desacreditar ante propios y extraños, con rasgos tan apasionados como infames, Un Jefe tan sobresaliente como el General Herrera, no podía escapar a la saña de esos espíritus menguados. Sobre él también se esgrimió como arma la calumnia, se le atribuyeron fines proditorios y se puso en tela de juicio su probidad reconocida y su indisputable desinterés, cebándose en su imaculada reputación principalmente el hombre oscuro que se sacó a luz en aquellos tiempos para convertirlo en verdugo de indefensos liberales. No necesito nombrarlo. La sanción pública lo tiene en sombra vergonzante desde que las aguas recobraron su nivel.

En manifestación solemne protestó todo el Ejército y ese documento, notable por el número y la calidad de los firmantes,

lo tendrá en cuenta la historia al liquidar las responsabilidades de aquella época.

Como un antecedente que debe conocerse y que cubrirá de honra imperecedera al distinguido Jefe liberal, no terminaremos sin hacer notar que durante la campaña de Panamá, el General Herrera, a tiempo que disciplinaba su ejército para hacerlo invencible, tomó el más vivo interés en que nada faltara para la satisfacción de sus necesidades y que hizo observar la más severa exactitud en las cuentas que en el Ejército unido eran llevadas como en la más ordenada casa de comercio. Fué empeño persistente del General Herrera, impedir que las contribuciones exigidas a los pueblos excedieran a lo estrictamente necesario a los gastos que se hacían con la más rigurosa economía, a la que concurrían con verdadera abnegación todos los miembros de su Ejército. Casi podemos asegurar a este respecto que fuerzas menores del Gobierno gastaban en solo *un mes* de campaña, sumas muy superiores a las que consumió en el Istmo el General Herrera en los *once meses* que duró combatiendo por el triunfo liberal. En los archivos revolucionarios, que se publicarán algún día, existen las cuentas rigurosamente comprobadas de tal modo, que obtendrán honroso finiquito al ser examinadas, por personas honorables. En estas materias al General Herrern le gusta vivir como en casa de cristal.

Después de la rendición de Aguadulce y de la capitulación concedida al Jefe vencido General Luis Morales Berti el poder del Jefe vencedor, General Benjamín-Herrera, era incommovible. Su superioridad sobre el Gobierno no podía ponerse en duda. Los elementos adquiridos en la serie de triunfos que habían señalado su permanencia en el Istmo le daban una fuerza incontrastable. Al Gobierno agotado de recursos, le rodeaban enemigos por todas partes y en cambio el entusiasmo liberal incitaba al invicto Jefe a intensificar la guerra con las mayores probabilidades de obtener la victoria. Insinuaciones más o menos veladas de elementos poderosos americanos, lo animaban a aceptar su apoyo a cambio de concesiones en el Canal lo que siempre rechazó con dignidad y patriotismo.

Todo le era favorable en aquellos días de victoria: tenía en su poder cuatro buques de vapor, veintisiete veleros, en gran parte movidos por gasolina, contaba con muchos cañones de campaña y de sitio, con varias ametralladoras y no menos de 9.000 soldados perfectamente armados y equipados que podía llevar a Tumaco y Barbacoas, aumentarlos con los rifles

quitados al enemigo, poniéndolos en brazos [de entusiastas liberales, dominar el viejo Cauca y marchar en triunfo a la Capital.

Aunque desde hacía algún tiempo había manifestado el General Herrera a los principales Jefes del Ejército sus intenciones de llevar la guerra al Departamento del Cauca de donde partidarios fervorosos lo excitaban a ello del modo más apremiante, tuvo sus escrúpulos a este respecto. El vivo interés mostrado por el Gobierno americano para apoderarse del canal de Panamá; sus gestiones en este sentido con los Plenipotenciarios de Colombia que indicaban sus intenciones de apoderarse de la vía interoceánica, pesaban poderosamente en su ánimo para pensar que la prolongación de la guerra podría dar margen al coloso del Norte para una intervención armada que le proporcionara por fuerza lo que se le negaba de grado.

En vista de estas consideraciones resolvió aceptar las insinuaciones que le había hecho el General Víctor M. Salazar, Jefe Civil y Militar de Panamá, a efecto de llegar a la confección de un *tratado de paz* que pusiera decoroso fin a la guerra. Al efecto entre uno y otro funcionario se cruzaron las notas que van en seguida:

«República de Colombia. -- Dirección de la Guerra en el Cauca y Panamá. -- Delegación del Director General de la Guerra. -- Número.... -- Pocrí noviembre 3 de 1903.

Señor General Víctor M. Salazar, Jefe Civil y Militar del Departamento.

Panamá.

He recibido la atenta comunicación de usted fechada el 29 de octubre pasado y a ella me refiero.

Los sentimientos que me animan en favor de la paz y que me han movido a proponer arreglos que la establezcan de modo definitivo en nuestra Patria, no son nuevos, como usted puede verlo revisando mis proclamas, mis actos públicos y mi correspondencia dirigida a los Jefes militares que han sido mis adversarios. Esos sentimientos han sido los mismos en la adversidad y en la fortuna y hoy persisto en ellos, no porque los Generales Uribe Uribe y del Castillo se hayan entregado en la Ciénaga de Santa Marta, sino por propia inspiración patriótica. Si en los actuales Jefes del Gobierno encuentro análogos sentimientos



y si de mi reunión con ustedes y con el señor General Nicolás Perdomo puede resultar como usted me indica en su nota, un tratado de paz que concluya nuestras estériles luchas fraticidas, hagamos de consumo el esfuerzo y el sacrificio que tal fin demanda.

En consecuencia, acepto la invitación para concurrir a bordo del acorazado «Winconsin», y espero que se sirva dictar las medidas conducentes al transporte mío y de las personas que me acompañarán a las conferencias de paz, por carecer en estos momentos de vehículo apropiado para nuestro viaje.

También espero que se sirva comunicar nuestro acuerdo al señor Contraalmirante Casey, como lo haré yo hoy mismo.

Soy de usted atento S. S. y compatriota,

B. HERRERA

Répública de Colombia. -- Número 500. -- Departamento de Panamá. -- Gobernación. -- Panamá, noviembre 16 de 1902.

Señor General Benjamín Herrera, General en Jefe de las fuerzas revolucionarias etc. etc. -- Pocrí

Acabo de recibir su atenta comunicación fechada en Pocrí el 3 del presente mes y en contestación a ella debo manifestar a usted que, animado como estoy de los mejores sentimientos en favor de la paz, acepto las conferencias que me propone con el objeto de restablecerla.

De acuerdo, pues, con el General Perdomo he dispuesto enviar a usted el vapor «Bolivar» de la Compañía del Ferrocarril con el objeto de que pueda usted trasladarse al «Winconsin», lugar escogido para tales conferencias.

En esta misma fecha comunico al Contraalmirante Casey la determinación que hemos tomado en este particular.

Soy de usted atento S. S. y compatriota,

VICTOR M. SALAZAR»

El historiógrafo señor don J. Restrepo Laverde describe como sigue el modo como se hizo y se firmó el tratado:

### "EL TRATADO DEL "WINCONSIN"

Desde San Carlos dirigióse el General Herrera, en sendas notas, a Silas Casey, Contraalmirante de la Marina de Guerra de los Estados Unidos y Comandante en Jefe de las fuerza navales del Pacífico, y al General Victor M. Salazar, Jefe Civil y Militar de Panamá, a mediados de octubre de 1902. Las memoradas notas se referían a la mediación autorizada por el Gobierno de los Estados Unidos, entre las partes contendoras en la guerra, a efecto de que llegaran a un avenimiento que decorosamente pusiera término a la guerra y restableciera la paz y la tranquilidad. El General Herrera aceptó dicha mediación, fundado en razones del más diáfano patriotismo, así como la invitación a concurrir al «Winconsin» [buque de flota americana] para verificar la necesaria entrevista.

Habían pasado el trágico hundimiento del «Lautaro» y las dos batallas y el Tratado de Aguadulce. El ejército liberal hallábase en magníficas condiciones: constaba de 7.000 hombres excelentemente armados y equipados; reinaban en él ajustada disciplina, deseo vehemente de combatir y confianza en el triunfo; y estaba aclimatado en el Istmo. En cambio, las huestes del Gobierno eran tres veces menores en número que sus contrarias; la muerte y las enfermedades las die maban de modo alarmante; las distancias y los transportes les eran sobremodo desfavorables. Como de las Provincias que ocupaba la revolución se surten Panamá y Colón, estas viven prácticamente en sitio.

El 18 de noviembre de 1902, un Oficial del «Winconsin» condujo del campamento de Aguadulce al b que «Almirante», de los Etsados Unidos, en las aguas del Pacífico, bajo la garantía de la bandera americana, al General Herrera y a sus comisionados, doctores Lucas Caballero y Eusebio A. Morales. Los Generales Victor M. Salazar y Alfredo Vazques Cobo tenían poderes del General Nicolás Perdomo, Ministro de Guerra del señor Marroquín, con amplias facultades. En la bahía de Panamá, a bordo del «Wicconsin», se efectuó la discusión del Tratado. Durante tres días se debatió el Memorandum presentado por los comisionados Caballero y Morales, en atmósfera cordial, sin debilidades ni recovecos. Aquellos, ante todo, te-

nían en mira que en las negociaciones relativas al Canal no sufriera Colombia mengua ni perjuicio alguno. Todo estaba listo para la firma del Tratado, cuando el General Vasquez Cobo expresó que el General Perdomo era de opinión que el convenio sólo debía contener las declaraciones relativas al desarme. Ante pretensión tan peregrina, el General Herrera, visiblemente contrariado, presa de enérgica y noble indignación, dijo: «Antes que suscribir esa ignominia, si setenta mil vidas tuviera, setenta mil ofrendara en defensa de mi Causa, que tengo por la más digna representante de mi Patria. Veo que no ha sido comprendido el elevadísimo espíritu patriótico con que renuncia el Liberalismo a continuar una lucha con fuerza incontrastable, ni la verdadera humildad con que, sufrido descortesías para ver de llegar a una conciliación en que he querido hacer ofrendas de amor propio. Pues bien, queda rota toda negociación, y sin que lo tomen ustedes a fantarronada, ajena a mi carácter, torrentes de sangre efectivos, que no se vierten por mi culpa, continuarán precipitando la agonía de la Nación, que sólo pide justicia». Levantóse en seguida, imponente y desafiador, sublime en su arrebató, trasunto del patriotismo filial hecho hombre. (Datos, los últimos, tomados del artículo «Tratado de paz de Panamá, cuyo autor es el doctor Lucas Caballero.»)

El General Perdomo accedió a que el pacto del 22 de Noviembre, una vez que Herrera hubo manifestado inquebrantablemente, que únicamente lo firmaría como antes estaba redactado, sin cambiar si quiera el orden de las cláusulas, así se firmara. Especial hincapié hicieron los comisionados liberales con el propósito de que el Partido tuviera número determinado de Senadores y Representantes y de que se pagase o devolviese a su anterior poseedor el «Padilla» cosa que consiguieron se estipulara en el pacto, el cual, dicho sea de paso, el Gobierno no tuvo a bien cumplir en su integridad. De manera solemne firmóse el Tratado del «Wisconsin», en la bahía de Panamá, Pacto que es clarísimo timbre del patriotismo más puro llevado hasta el sacrificio en aras de la bienandanza de la madre Colombia, y acto que no tiene par en los anales gloriosos de la historia americana contemporánea.

Es conveniente agregar que el General Herrera, capitaneando poderoso ejército, dueño de toda clase de recursos, pudo llevar la guerra, y sostenerla por largo tiempo, a los Departamentos del Cauca y de la Costa Atlántica, talvez con la seguridad de que la victoria definitiva coronara sus esfuerzos; sin

embargo, temeroso de que los Estados Unidos intervinieran en nuestras cuestiones internacionales, con daño enorme y manifiesto para la República, estampó su firma al pié del Tratado del «Wisconsin», deponiendo a los piés de su Patria sus frescos laureles y los de su Ejército nunca vencido.»

Damos a continuación el texto íntegro del famoso documento que marcó el principio de esta era de paz de que gozamos y que Dios mediante, no habrá colombiano que quiera aceptar la enorme responsabilidad de romperla:

## TRATADO DE PAZ

A bordo del buque Almirante «Wisconsin», de la armada de los Estados Unidos, que de manera galante fué puesto a disposición de los infasquitos por el señor Contraalmirante Silas Casey, para la celebración de las conferencias que han tenido por solución el presente Tratado, reunidos el General Víctor M. Salazar, Gobernador, Jefe Civil y Militar de Departamento y el General Alfredo Vasquez Cobo, Jefe de Estado Mayor del Ejército en operaciones sobre la Costa Atlántica, el Pacífico y Panamá, como representantes del señor General Nicolás Perdomo, Ministro de Gobierno en comisión, investido de facultades Presidenciales, y General en Jefe del Ejército en operaciones sobre la Costa Atlántica, el Pacífico y Panamá, por una parte, y por la otra los señores General Lucas Caballero, Secretario de Guerra de la Dirección de la guerra en el Cauca y Panamá, y Jefe de Estado Mayor General del Ejército Unido del Cauca y Panamá, y el señor Coronel Escobio A. Morales, Secretario de Hacienda de la misma Dirección, como representante del señor General Benjamín Herrera, Director de la Guerra en el Cauca y Panamá, y General en Jefe del Ejército Unido en operaciones sobre los mismos Departamentos, animados todos de sentimientos del más acendrado patriotismo para poner fin al derramamiento de sangre de comacionales, procurar el restablecimiento de la paz en la República y proveer los medios conducentes a que la Nación pueda llevar a feliz término las negociaciones que tiene pendientes sobre el Canal de Panamá, ha concluido el Tratado que a continuación se consigna, en cuyo leal cumplimiento quedan empeñadas la fé del Gobierno y la de los partidos militantes:

Art. 1.º Declaración solemne del Gobierno de restablecer in-

mediatamente el Orden Público en la República, excepción hecha de todos los Distritos y Provincias en donde haya fuerzas revolucionarias que no quieran acogerse al presente Tratado.

Art. 2.º Libertad inmediata de todos los prisioneros de guerra y presos políticos que haya en la Nación, con excepción de los que no quieran acogerse a este Tratado.

Art. 3.º Cesación consecencial al restablecimiento del Orden Público en el cobro de contribuciones de guerra e impuestos extraordinarios, de todo lo cual quedan exonerados los colombianos, con la excepción establecida en el artículo anterior.

Art. 4.º Amplia amnistía y completas garantías para las personas y los bienes comprometidos en la actual revolución. Cancelación o anulación inmediata de todos los juicios por responsabilidades políticas, con la misma excepción de personas establecida anteriormente.

Art. 5.º Exclusiva competencia del Poder Judicial para promover y hacer efectivas responsabilidades por delitos comunes.

Art. 6.º Incorporación en los derechos y obligaciones que confiere e impone el presente Tratado, de todas las fuerzas revolucionarias que haya en la República y de las personas que dentro o fuera de ella quieran acogerse a él y que hayan estado comprometidas en la revolución.

Art. 7.º Conforme lo desee el Gobierno y en general la Nación, tan pronto como se restablezca el Orden Público, se hará una convocatoria a elecciones para miembros del Congreso, respecto de los cuales se compromete el Gobierno, valiéndose de toda su autoridad, a que se efectúen con pureza y legalidad, como lo prometió el señor Vicepresidente en la respuesta que dió a un memorial suscrito por varios liberales de Bogotá, con fecha 14 de abril del presente año. Al citado Congreso se someterán para su estudio las siguientes cuestiones de altísimo interés nacional:

(a) Las negociaciones relativas al Canal de Panamá.

]b Las reformas presentadas al Congreso de 1898 por el Vicepresidente de la República.

[c Reforma del sistema monetario en el País, en que tenga el papel moneda como base de amortización los proventos que derive la República de los contratos sobre el Canal.

Art. 8.º Reconocimiento de la autoridad del Gobierno por los miembros del Ejército Unido del Cauca y Panamá y por

todas aquellas fuerzas o personas que deseen acogerse al presente Tratado.

Art. 9o. Entrega de todos los elementos de guerra que pertenezcan al Ejército Unido del Cauca y Panamá en mar y tierra; entre los cuales exige el Gobierno en primer término y muy especialmente el vapor titulado «Almirante Padilla» con su artillería y demás elementos y enseres en buen estado.

Art. 10. Dicha entrega se hará por comisiones nombradas por el señor General Benjamín Herrera, a comisiones nombradas por el Gobierno, en los puertos de San Carlos, Aguadulce, Chitré, Montijo, Soná, Remedios y Pedregal en este Departamento; y en Tumaco, Barbacoas, San Pablo y Quibdó en el Departamento del Cauca. Principiará a hacerse inmediatamente después de aprobado el presente Tratado de paz, y no excederá de veinte días para Panamá y cuarenta para el Cauca, el término final.

Art. 11. Expedición inmediata de pasaportes, para los lugares a donde lo soliciten, a los miembros del Ejército Unido. Auxilios de marcha para los pasaportados conforme a su categoría militar hasta el lugar de su domicilio. Los que se dirijan al extranjero solamente tendrán esos auxilios de marcha hasta la frontera colombiana, en la vía que hayan de seguir. Los oficiales inferiores y la tropa podrán ser transportados en los buques del Gobierno.

Art. 12. Los Jefes y Oficiales del Ejército Unido conservarán sus espadas, revólvers, bagajes de su propiedad y equipajes, y las banderas en la forma que lo disponga el General en Jefe de ese mismo Ejército. Es bien entendido que las banderas tomadas al Gobierno le serán devueltas, así como las espadas a los Jefes y Oficiales de la segunda capitulación de Aguadulce que en virtud del presente Tratado recobran su libertad. Los pasaportes serán expedidos en los lugares en donde se haga la entrega de las armas.

Art. 13. El Gobierno hace constar que atenderá en sus hospitales y ambulancias como a individuos de su propio Ejército, a los enfermos y heridos del Ejército Unido del Cauca y Panamá, que tan pronto como recobren su salud serán pasaportados en la forma convenida.

Art. 14. El presente Tratado requiere para su validez la aprobación del señor General Nicolás Perdomo, Ministro de Gobierno en comisión, etc., etc., y la del señor General Benjamín Herrera, Director de la guerra en el Cauca y Panamá, etc., etc.

LOS SIGNATARIOS DEL TRATADO



Las Caballero, Benjamín Herrera, Eusebio Morales, Alfredo Vásquez Cobo,  
Victor M. Salazar.

Para constancia se firman dos ejemplares de un mismo tenor, en la bahía de Panamá, a bordo del buque Almirante «Wisconsin», a veintinueve de noviembre de mil novecientos dos.

*Victor M. Salazar, Alfredo Vásquez Cobo, Lucas Caballero, Eusebio A. Morales.*

Panamá, noviembre 21 de 1922.

Aprobado,

*Nicolás Perdomo*

Aprobado,

*Benjamín Herrera*

Con relación al vapor «Almirante Padilla», se firmó un convenio privado en el cual el Gobierno se obligaba a pagar la deuda de \$ 80.000 que por dicho buque había adquirido el General Herrera en Centro América. Dicha suma fué entregada más tarde en Panamá a respetables Agentes consulares que comisionó el Jefe liberal para entregarlos al acreedor. De esto existe un acta firmada por los que en ello intervinieron.

En honor a la justicia debemos manifestar antes de terminar estos apuntamientos, que los representantes del Gobierno cumplieron generalmente las estipulaciones al par que el General Herrera cumplía religiosamente con los suyos.

Al llegar a Panamá todos los Jefes revolucionarios recibieron las mayores atenciones del Gral Salazar quien los obsequió con un magnífico banquete en el principal hotel de la ciudad y donde los contendores de la víspera fraternizaron admirablemente y se hicieron brindis patrióticos por que la paz no volviera a interrumpirse en el país y lograríamos a favor de saludables reformas en las instituciones, hacer el progreso patrio, trabajando en común como unos verdaderos hermanos.

Días más tarde sin embargo se cometió el inicuo fusilamiento del General Victorino Lorenzo, persona muy querida en el Istmo, a pesar de las influencias que se pusieron en juego por todas las clases sociales de Panamá. Este fusilamiento produjo gran disgusto a los istmeños y se ha considerado como hecho que influyó mucho en la separación de Panamá que tuvo lugar, como se sabe, el 3 de noviembre de 1903.

Este resultado fué el que quiso impedir el General Herrera



al firmar el Tratado del «Wisconsin», pero su sacrificio resultó estéril.

En cambio, dejó sentado el Jefe liberal, un antecedente desconocido antes de Colombia: la terminación de una guerra obstinada y sangrienta por un medio civilizado que devolvió inmediatamente la tranquilidad al país.

Ojalá que la paz de que hemos gozado desde entonces, perdure inalterable entre nosotros. Veinte años de que hemos gozado de esa paz nos han enseñado a preferir las soluciones pacíficas en todas nuestras cuestiones internas y creemos firmemente que nadie querrá asumir la enorme responsabilidad de romperla.

Por lo que hace a nuestro Jefe, hartas pruebas tiene dadas de sus virtudes cívicas imperturbables y de su abnegación y patriotismo acendrados; virtudes que le reconocen sus propios adversarios.

*Benigno Sáenz Peña*

— FIN —

## INDICE

Introducción.....	I
General Herrera.....	VII
Después de Peralonso.....	1
Gramalote .....	4
La sorpresa de Terán.....	9
Palonegro .....	12
Después de Palonegro.....	20
Antes del 31 de Julio.....	25
Capitaneitos .....	31
El cerro de «La Paz».....	34
A través de la Selva.....	38
Fuera de la Patria.....	45
Turnaco .....	52
En el mar de Balboa.....	59
Tonosí .....	64
El Lautaro.....	70
Los asaitos soberbios.....	75
San Pablo .....	81
El nuevo organismo.....	86
En la bahía del Almirante .....	93
Epopeyas del mar .....	97
El cerco gigante .....	103
Aguadulce rendida.....	109
La paz .....	115
El Tratado del «Wisconsin».....	120
El Tratado de Paz.....	122

